

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuacion de todas estas obras.

AVISO INTERESANTE.

Habiéndose agotado las existencias de los primeros números del OMNIBUS, á pesar de los muchos ejemplares que se han tirado, y no siendo posible reimprimirlos, no se admiten ya mas suscripciones para el año corriente; para el próximo venidero, en que alentados con el éxito proyectamos algunas mejoras de consideracion, se avisará oportunamente. Los actuales suscritores que lo son por meses ó trimestres, pueden, sin embargo, renovar si gustan sus respectivas suscripciones.

Terminado el *Viage en Suiza*, con el presente número se reparten los primeros pliegos del *Mediodía de la Francia*, y le seguirá *Un año en Florencia*, cuyas dos obras, que quedarán terminadas en lo que falta de año, formarán un tomo próximamente, igual al de Suiza; de modo, que los suscritores al OMNIBUS, por el ínfimo precio de 40 reales, reciben: el tomo 1.º de la *Historia universal*, por Costanzo; el *Almanaque para todos*, por Villabrille; dos tomos de las *Impresiones de Viage*, por Alejandro Dumas; el tomo 1.º de la *Historia de Felipe II*, por Prescott, y los 35 números del periódico, todo lo que da un total de pliegos superior á lo ofrecido en el prospecto, que á muchos pareció fabuloso; es imposible, en efecto, llevar la baratura á mayor grado.

EL EGOISMO.

Todas las afecciones que alimenta el corazón humano, por numerosas y distintas que sean, pueden dividirse en dos clases muy diferentes: todas ellas son interesadas ó desinteresadas. El hombre cuando toma por objeto de sus afecciones lo que le rodea, lo que no está en sí propio, como sus semejantes, Dios, la verdad, lo bello etc., se adhiere y se identifica con el bien, con el progreso, la gloria ajena, sus afecciones se llaman desinteresadas, pero cuando tienen por objeto él mismo, es decir, su bien, su utilidad personal, y todo lo que interesa mas ó menos directamente á su individuo, á su persona, bus-

cando por ejemplo el placer, estimando mucho su bienestar, deseando lo que puede aumentar su fortuna ó su poder, manifestándose ávido de reputacion y de gloria, etc.; en este caso sus afecciones se llaman interesadas.

Las afecciones interesadas no constituyen, propiamente hablando, el egoismo. Si mereciese el nombre de egoista por el solo hecho de apreciar y buscar su bienestar, no existiría hombre alguno en la tierra que no mereciera esta calificación, pues no hay un hombre que de una manera ó de otra, no piense en sí mismo, y no aspire á su felicidad. El amor de sí propio no es lo mismo que el egoismo, pero suele engendrarle. ¿Cuándo, pues, comienza el egoismo?

y fuera de su derredor, entonces se convierte en una especie de dios al cual deben referirse todas sus acciones, al que debe ofrecer todos sus homenajes. Entonces, en lugar de considerarse como uno de los rayos que debe estenderse hacia un centro comun, que es el bien de todos, considera únicamente su bien como el centro donde deben recaer todos los rayos de la circunferencia. Esto es lo que constituye el egoismo, este vicio tan insensato como odioso, y que sin embargo, es el patrimonio de un gran número de individuos, y no avanzaremos mucho si aseguramos que es el vicio que mas impera en el presente siglo.

El egoismo no es una extravagancia particu-



El egoista.

Quando el amor de sí propio llega á ser exclusivo; cuando el afecto que el hombre concede á sí propio domina y absorbe todos los demas, cuando se preocupa de tal manera buscando su bienestar, que se muestra indiferente á los males de sus semejantes, y sacrifica los intereses de otros al suyo propio; entonces el yo viene á ser el principal y el único objeto de nuestros pensamientos, entonces el hombre le coloca en su corazón ante todo lo que existe en su derredor

lar y *sui generis* del corazón humano, una de las malas pasiones, una de las enfermedades morales del hombre, que puede tomar su asiento entre todas, y ser clasificada en su respectivo rango; el egoismo resume todas las malas pasiones, es el padre de todas ellas, es el manantial de todas las maldades del corazón, es en fin, el vicio de los vicios. Vamos á convencernos de ellos desenrollando el triste cuadro, que debe espolverse á nuestras consideraciones.

Hemos definido el egoismo llamándole, el amor exclusivo de sí propio. Pero el *yo*, aunque simple en su esencia, es complejo en cuanto á sus modos, y puede ser considerado bajo puntos de vista diferentes. Teniendo muchas fases su naturaleza, el hombre puede amarse exclusivamente bajo cada una de ellas. Podemos presentar el *yo* bajo la relacion de la inteligencia ó bajo la de la actividad, ó en fin, bajo el punto de vista de la sensibilidad, pues tales son los tres elementos constitutivos de su naturaleza, que coexistiendo en un mismo objeto, no son menos esencialmente distintas las unas de las otras. Ahora bien: puesto que el hombre puede amarse exclusivamente bajo cada uno de estos tres puntos de vista, y buscar exclusivamente el bien de cada uno de los elementos de su naturaleza, puede, pues, ser egoista de tres maneras. El egoismo toma, pues, tantas formas distintas, como puntos de vista diferentes existen en el *yo*. Pero obraríamos de una manera incompleta si no tuviésemos presente el cuerpo, que si no es el *yo*, es una dependencia esencial de él, y puede llegar á ser como las facultades constitutivas de nuestro ser moral, el objeto de cuidados y de una excesiva preocupacion.

Reconozcamos, pues, cuatro clases de egoismo: el egoismo relativo á la inteligencia, que se designa bajo el nombre un poco vago de *amor propio*; el egoismo relativo al bien de la actividad, es decir, el amor exclusivo del poder; el egoismo relativo al bien de la sensibilidad, es decir, el amor exclusivo del placer y del goce, y últimamente, el egoismo relativo al cuerpo y á sus ventajas interiores.

LOS GRAJOS CON PLUMAS DE PAVO REAL.

I.

Si teneis el capricho de visitar un día la encantadora campiña, encontrareis en medio de lo sombrío de un bosque el hermoso castillo de Miranda. Torrecitas góticas con sus troneras, magníficas estatuas, fuentes con surtidores, cenadores encantadores, paseos de fina arena y fresca sombra, son los atractivos de aquella deliciosa morada.

El propietario de todas estas maravillas, el baron de Miranda, había sido prefecto en el reinado de Carlos X; pero el cambio de dinastía le había obligado también á retirarse de la vida pública, habitando desde entonces en su hacienda, dedicando todos sus cuidados á su hija única, Amalia; el baron se hallaba cada vez mas contento de no verse sometido á ningun gobierno ni á los tormentos de la ambicion.

En una hermosa noche de julio, el castillo de Miranda se hallaba profusamente iluminado. Celebrábase en él el aniversario del nacimiento de Amalia, y el baron había convidado á aquella funcion á todas las notabilidades del pais, de algunas leguas á la redonda, sin escepcion de opinion política; había querido mostrarse mas liberal que sus antiguos adversarios. Amalia, encantadora jóven de diez y ocho años, hacia los honores de la funcion con una gracia inimitable. Solícita, activa, sobre todo con su anciano tío el general, que murmuraba contra aquella sociedad mezclada de todo, tenía palabras graciosas para los convidados, y encontraba todavía medio de dirigir una palabra afectuosa ó una dulce sonrisa á su primo Eugenio, jóven tímido de excelente carácter, y que en medio de toda aquella concurrencia no tenía ojos mas que para mirar á la señorita de Miranda.

Sobre el hermoso césped que se extendía delante del castillo, se había colocado una orquesta iluminada con farolitos de colores á la veneciana. Sus armoniosos sonidos entrelazaban á los que bailaban, subyugándoles con su lenguaje encantado, mientras que la parte mas seria y grave de la reunion se mantenía en el salon hecho una asca de oro con tantas luces. Entretanto que se disponían las mesas de juego, el baron de Miranda y algunos de sus convidados se encontraban agrupados alrededor de un estante cargado de obras artísticas de todo género, que excitaban una grande admiracion. Pa-

sábanse de mano en mano una magnífica medalla de bronce que representaba la elocuencia bajo las facciones de Bossuet. El alcalde de B*** alabó la belleza del modelo; el recaudador de contribuciones se extasió con lo delicioso del contorno; el notario añadió mas elogios, y fijando sus miradas sobre el dichoso poseedor de aquella maravilla, dijo al baron de Miranda, que en las ocasiones que había tenido la felicidad de hablarle le había reconocido como discípulo del obispo de Meaux. Sonrióse el baron.

—No tengo pretension ninguna por ser Bossuet, pero basta que esta medalla haya excitado la admiracion de todos tres, para que yo tenga gran sentimiento de no poderos satisfacer á todos regalándoosla. Me ocurre una idea, sin embargo, idea un poco extraordinaria tal vez, pero que quiero, no obstante, comunicaros. Me pareceis muy aficionados á la elocuencia para no haber sacrificado alguna vez en los altares de esta musa. Os propondría, pues, que los tres compusierais un discurso en su elogio, y si quereis hacerme juez, mi Bossuet será el premio del vencedor.

—¡Bravo! exclamaron de todas partes.

Nuestros tres entusiastas no esperaban esta proposicion; pero rehusar hubiera sido confesar una especie de interioridad relativa que no podía admitir su amor propio.

—Tío mio, dijo tímidamente Eugenio, ¿me permitis tomar parte en este concurso?

—Seguramente, dijo el señor de Miranda; pero no sabía que mi hermosa medalla os gustase hasta ese punto.

II.

A un cuarto de legua del castillo de Miranda se alzaba una choza un poco mayor que las otras: era la escuela del pueblo. Una muestra verde, en donde estaban pintadas estas palabras, *Tomás, maestro de escuela*, denotaba la profesion del propietario.

Tomás era un hombre de unos cincuenta años: pasaba en el pais por un sabio, pero tenía un defecto capital: la borrachera. Su muger Juana, de un carácter dulce y pacífico, tenía que trabajar muchísimo para educar á sus hijos, porque esta tarea había recaído en ella.

Ocho dias despues de la fiesta del baron de Miranda, Tomás, despues de haber cerrado su escuela, se hallaba ocupado en beber su segunda botella, y su humor alegre contrastaba con el melancólico rostro de la pobre ama de casa. Arrojava el crepúsculo su último resplandor, cuando llamaron á la puerta discretamente, y habiendo abierto Juana, vió entrar al alcalde de B***, y se apresuró á volver la puerta.

Comenzó el funcionario por informarse con el mayor interés del estado de los negocios del maestro de escuela; había siempre pensado que Tomás no se hallaba en su lugar propio en su escuela. Sus talentos le daban derecho á un empleo mas importante. La primera vez que viese al prefecto no dejaría de llamar su atencion sobre la injusticia de que su buen vecino era víctima. Tomás protestó de su profundo reconocimiento, y el señor alcalde prosiguió:

—Sin embargo, comprendereis, querido mio, que mi recomendacion tendria mas peso si pudiera presentar ante los ojos del prefecto cualquier muestra de vuestro talento; ¿no tendríais acaso en la cartera algunos versos, y todavía mejor, algun discurso?...

—Podría entregar al señor alcalde el que dirigí á mis jóvenes discípulos el día de la distribucion de premios.

—¡Oh! no, no; es demasiado comun esa clase de discursos; sería necesario un asunto mas elevado, mas nuevo... Mirad, por ejemplo, el elogio de la elocuencia; ¡qué tema tan rico y fecundo!... Estoy seguro de que al tratarlo estareis felizmente inspirado.

Me parece excelente, pensó entre sí el astuto Tomás, que no se habin dejado engañar un solo instante por las benévolas palabras de su huésped.

—¡He! ¿Qué pensais de eso? añadió el alcalde con acento inquieto.

—Lo mismo es trabajar en ese asunto que en cualquiera otro, y si creéis que el prefecto....

—Os respondo de ello; tiene gran deferencia

por mis opiniones. Es, pues, cosa arreglada; dentro de ocho dias marcho para T***. Trabajad con ardor, que el éxito es seguro. Sobre todo mucha discrecion, porque teneis enemigos que tratarian de contrariar mis proyectos.

—Puede quedar completamente tranquilo el señor alcalde.

Despues que éste le saludó y salió con afabilidad municipal, Juana, muda espectadora de esta conversacion, exclamó alegremente:

—¿Seria posible? ¿Vas realmente á ponerte á trabajar?...

—Déjame, dijo el maestro de escuela; si, si, si hay algun tonto que engañar, no seré yo.

—¡Ah! bien lo sabía yo, dijo la muger bajando tristemente la cabeza.

Al día siguiente, casi á la misma hora, vino otra visita, tampoco esperada del maestro; pero esta vez Tomás tenía el oído atento, porque el señor recaudador de contribuciones venia sin duda á reclamarle el pago de su cuota del año corriente y del pasado, que tenía sin satisfacer. Desde luego aguardaba reconvencciones y amenazas, y Juana, mas asustada todavía, se había refugiado en la cocina.

Vanos temores, injustos terrores; jamás el agente del fisco tuvo una cara mas amable ni mas obsequiosas palabras: mi querido Tomás, mi digno amigo; el maestro de escuela no sabía lo que le pasaba.

—Me sucede una estraña aventura, dijo al fin el recaudador. Allá en mi juventud me ocupé, en mis ratos perdidos, en algunos ensayos literarios, de que mis amigos sin duda han conservado el recuerdo, demasiado lisonjero, porque he aquí que uno de ellos me escribe pidiéndome una copia de un *Elogio de la elocuencia* que obtuvo un éxito inmenso.

Aquí se redobló la atencion de Tomás.

—Comprendeis, añadió el recaudador, que he roto hace largo tiempo el comercio con las musas, que indudablemente hubieran perjudicado á mi carrera administrativa, y que incluso aquel discurso, han perecido las obras de mi juventud en un auto de fé que hice. Desgraciadamente mi amigo no querrá creer en la verdad de este sacrificio, y temo se incomode si no le envío la copia. En esta embarazosa situacion he pensado en vos, mi querido Tomás. Haced una disertacion sobre la elocuencia, desplegad todo vuestro talento, pues os prevengo que la obra que se trata de reemplazar era un trozo maestro.

—Pondré en ella todo mi cuidado, señor.

—No os hablo de agradecimiento, porque os lo manifestaré mas que con palabras; pero que yo quede contento, y podeis contar con un recibo general. No hay que decir que todo esto quede entre vos y yo. ¡Son tan habladoras y chismosas las gentes de este pais! Dentro de ocho dias vendré á buscar esa obra maestra.

Habiéndose marchado el recaudador, Tomás se restregó las manos lleno de alegría y satisfaccion.

—Y van dos, dijo; no comprendo nada de esto, pero me es igual, tengo mi idea.

La admiracion del buen maestro de escuela subió á su mas alto grado, cuando el señor notario de B***, grave magistrado que jamás le honraba con una mirada, vino á llamar á la puerta de su modesta habitacion.

Venia á someter al juicio del maestro de escuela algunos trabajos de su hijo, jóven de catorce años, que por primera vez se ocupaba en discursos franceses.

—La materia es difícil, complexa, añadió el notario; se trata de hacer un *Elogio de la elocuencia*.

Tomás hizo un movimiento de sorpresa que reprimió inmediatamente.

—Desearia, continuó el grave personaje, que sin hacer caso de este ligero ensayo, compusierais un discurso entero que pudiese servir de modelo á este muchacho. Conozco vuestro talento, señor Tomás, y no dudo que hagais una cosa completa.

Si algunas botellas de un excelente Macon, que tengo en mi bodega hace veinte años, pudiesen facilitaros la composicion, tendria un gran placer en enviáoslas.

—Yo nunca trabajo bien en ayunas, contestó Tomás riéndose.

—Las tendreis aquí antes de una hora, mi

querido Tomás. Cuando esté terminado vuestro trabajo, vos mismo fijareis el precio de él.

—Creo que el señor notario quedará contento de mí.

Arregladas así las cosas se retiró el notario.

—Pero infeliz ¿qué piensas hacer? dijo entonces toda trémula Juana, que había estado presente á la entrevista.

—Satisfacer á todo el mundo sin que me cueste mas que un ligero trabajo, respondió alegremente el maestro de escuela.

—¿Pero esos tres discursos? ..

—Ocupate de las cosas de la casa, muger.

Tomás era muy amo de su casa, y Juana no se atrevió á replicar.

Una vez solo el maestro de escuela, se había puesto á hojear en unos papelotes viejos. Cogió uno, que leyó con mucha atención, y después sacó tres copias de él.

—Si estos señores no se dan por satisfechos, se dijo, serán bien difíciles de contentar á fé mia; aun cuando me hubiera roto la cabeza durante seis meses, no hubiera hecho otra cosa mejor.

El señor de Miranda se había sobrepuesto á sí mismo en aquel día. Al plazo fijado fueron entregados los discursos, y los tres concursantes quedaron encantados. Tomás recibió sobre la recompensa prometida fervorosas gracias.

III.

¡Llegó al fin el día tan ardientemente deseado! La hacienda de Miranda abrió sus puertas á la misma sociedad que el mes anterior. Actores y espectadores de la escena que se preparaba, aguardaban con igual impaciencia el resultado del concurso.

El alcalde de B*** no cabía en sí de orgullo; el recaudador ocultaba bajo un aire de afectada indiferencia su secreta ansiedad; en cuanto al notario no dejaba de tener inquietud sobre las consecuencias de su supercheria. Los tres trataban de leer en la fisonomía del baron lo que debían temer ó esperar; pero aquella fisonomía permanecía impenetrable.

En un rincón del salón Eugenio decía á Amalia:

—¡Si fuese bastante feliz para que mi discurso fuese juzgado el mejor por mi tío!

—No creía que érais tan vanidoso, contestó alegremente la jóven.

—No es mi vanidad la que está hoy en juego, sino la dicha de toda mi vida. ¡Mi tío ha hecho de mi admisión en el consejo de Estado la condición precisa de nuestro matrimonio!

Amalia se ruborizó ligeramente; sin embargo, añadió con un poco de ironía:

—¿Y qué tiene que ver el consejo de Estado con el concurso de hoy?

—Si mi tío viese realmente mi talento. . .

—¡Chist! dijo Amalia poniendo un dedo en su boca, mi padre se dispone á hablar.

—Señores, dijo el baron, he leído con el mas vivo interés vuestro *Elogio de la elocuencia*, y os protesto que es difícil una elección.

Se hubiera oído el vuelo de una mosca en el auditorio.

—Segun lo convenido, voy á leer el discurso que me ha parecido mejor; cuando haya terminado, su autor vendrá á recibir la recompensa que tendré á gran dicha concederle.

E inmediatamente el señor de Miranda leyó en alta é inteligible voz aquella admirable disertación sobre la elocuencia, de que Tomás había tirado tres ejemplares.

Desde las primeras palabras, una espresión de triunfo se pintó en el rostro de nuestros héroes, en tanto que el pobre Eugenio bajaba tristemente la cabeza, visto lo cual por Amalia, abandonando el tono de burla le dijo dulcemente:

—Tal vez mi padre al concederos el premio, hubiera temido le acusasen de parcialidad por un sobrino á quien ama como á su hijo.

Terminada la lectura se vió de tres puntos diferentes del salón adelantarse á nuestros literatos, con los ojos brillantes de placer, la cabeza alta, erguida, como hombres, en fin, destinados á recibir un merecido homenaje. Sin embargo, llegados al centro del vasto salón, y en el momento en que se hallaban cerca del punto de mira de todos los ojos, se detuvieron de re-

rente, mirándose con un aire tan sorprendido y confuso, que costó gran trabajo al baron mantenerse serio.

—Había creído al principio, señores, prosiguió, que el espíritu de simpatía que os une había tenido bastante poder para haceros componer á todos tres el mismo discurso, y sentía no tener mas que una medalla que ofreceros. Empero, reuniendo bien pronto mis recuerdos, me he acordado que este discurso fué improvisarlo por mí hace quince años, y he comprendido y aprecio el sentimiento que os ha guiado en esta circunstancia. Un homenaje tan delicado no podía menos de agradecer profundamente mi corazón.

El tono de fina burla con que había acompañado estas palabras, no fué perdido para nadie. Nuestros tres grajos se volvieron avergonzados á su sitio, maldiciendo en el fondo de su alma al señor de Miranda, y mas todavía su tonta vanidad que les había comprometido á aceptar una empresa superior á la fuerza de su inteligencia.

—Mi querido Eugenio, añadió el baron, á tí te corresponde mi Bossuet: la musa á quien dirigías tu *Elogio*, te ha inspirado bien; he leído tu obra con verdadero placer.

El tímido jóven se dirigió con mal seguro paso hacia el baron, que le entregó sonriendo la medalla.

—¡Oh! tío mio, dijo en voz baja Eugenio, sabéis que hay otra recompensa mucho mas preciosa para mí, y á que me atrevo á aspirar.

—De eso hablaremos en otra ocasión, contestó el señor de Miranda con un tono capaz de animarle, y el corazón de Eugenio se estremeció de alegría.

Aprovechando el instante en que la atención se había fijado sobre Eugenio, las víctimas de Tomás tomaron el portante sin ruido, con el alma llena de deseos de venganza. Pero como lo mejor es consultar las cosas con la almohada, pasada la noche juzgaron prudentemente que valía mas dejar olvidar su desventurado Ensayo, no conservando de él ni recuerdo ni resentimiento.

UN BLOQUEO EN LA ISLA DE CURAZAO.

El ilustre sir Juan Murray, capitán de la fragata la *Franqueza*, acababa de recibir del vice-almirante, comandante en jefe de la estación de la Jamaica, la orden de bloquear la isla de Curazao, tomando asimismo bajo sus órdenes la fragata la *Fortuna*, y dos bergantines de diez y ocho cañones. Este valiente marino se había comprometido á apoderarse de aquella posesión holandesa en un tiempo determinado.

Quiso mi buena ó mala estrella que yo hiciese parte de aquella expedición en la clase de primer teniente á bordo de uno de los bergantines. Fué proclamado el bloqueo en las gacetas de Jamaica, y se tuvo cuidado especial de avisar á los yankies, que sería declarado de buena presa todo buque que se hallase á cierta distancia de la isla; mas esta amenaza no logró reprimir su estremada filantropía: no pudieron aquellas gentes resolverse á dejar morir de hambre unas criaturas que habían sido formadas á la imagen de Dios, cuando se las podía suministrar viveres con la moderada ganancia de quinientos por ciento.

Conociendo nuestro comodoro la imposibilidad de rendir la guarnición holandesa con el bloqueo, tomó el partido de hacer frecuentes desembarcos en la citada isla. Algunos destacamentos de cincuenta hombres, y á veces de á ciento, mandados por un teniente de la escuadra, se aproximaban á la playa y daban rápidamente golpes de mano, quemando las cosechas y destruyendo el ganado que no podía llevarse á bordo. El gobernador holandés, que era un antiguo marino de la escuela de Ruiter y de Vantromp, y que no halló este modo de hacer la guerra, escrito en el libro del derecho de gentes, declaró que consideraría como pirata, y que ahorcaría sobre los baluartes del fuerte de Amsterdam, á todo inglés que fuese cogido en el acto de ejercer aquellos actos de piratería.

A la noche siguiente de esta solemne y pública protesta desembarcó el teniente de la *For-*

tuna con cincuenta hombres. Ya habían principiado á hacer sus acostumbradas depredaciones, cuando fueron sorprendidos por el gobernador holandés á la cabeza de su campo volante; y con gran trabajo pudieron llegar á bordo, habiendo sufrido mucho daño, y dejando trece de sus compañeros en manos del enemigo.

Era grande la desolación de la escuadra al considerar que Mynluer (tal era el nombre del gobernador) era hombre capaz de llevar á cabo su terrible amenaza. Juzgando que el modo mas seguro de paralizar la ejecución de aquel sangriento decreto, había de ser la de presentar rehén en represalias de toda violencia que se pudiera hacer sobre los citados prisioneros, fui yo nombrado en aquella misma noche para una nueva expedición, y se me dió por guía un desertor holandés, llamado Horskica, el cual nos condujo en derechura hacia una casa, de la que nos apoderamos con facilidad, así como de diez caballos que había en ella, sobre los cuales montaron los marinos de mayor graduación y nuestro digno guía.

Una vieja que estaba cuidando de la casa, nos dijo que sus amos se habían marchado en el día anterior, y que nosotros éramos los primeros que habíamos venido á interrumpir la felicidad que había disfrutado hasta entonces aquella parte de la isla.

El aseo holandés y el aire de opulencia que reinaba en aquella casa escitaron la codicia de algunos de mis soldados, quienes después de haberla desbalijado se me presentaron con tres señoritas que habían encontrado escondidas en una bodega. Eran las hijas del propietario; yo me puse en actitud de libertar de toda violencia á aquellas pobres palomas palpitantes bajo las garras de tales buitres; pero uno de los mas atrevidos, que se había apoderado de la mayor, y que la creía de buena presa, se negó á soltarla, de modo que me vi precisado á desarmarlo y á maniatarlo como un malhechor, en tanto que las pobres muchachas medio desnudas habían caído á mis pies y bañaban mis manos con sus lágrimas. El recuerdo de esta escena nocturna quedará grabado para siempre en mi corazón. Esta es una de las pocas acciones buenas que yo he hecho en el curso de mi vida. ¡Ojalá que pueda abrirme el camino del cielo!

Horskica, que se hallaba lleno de furia por no haber encontrado la liebre en su madriguera, como que tenía motivos particulares para odiar al amo de aquella casa, me dijo con un tono de arrogancia:

—¿En qué quedamos? ¿Nos llevamos estas tres doncellas?

—¿Y con qué objeto?

—Ya veo que pasa vd. poca pena por la vida de sus compatriotas.

—Yo sé lo que debo hacer. Mi misión es la de llevarme algunas personas notables, y no unas pobres mugeres. Vd. se comprometió con sir Juan Murray á poner en nuestras manos algunas de las autoridades de la isla; cumpla vd. su empeño.

Pronunció entonces Horskica algunas palabras entre dientes, y me volvió la espalda.

Mandé en seguida á mi tropa que se formase y que rompiese la marcha, colocándome yo á la cabeza de la caballería con el mismo Horskica, el cual me llevó á otra quinta que teníamos á la vista, en donde pusimos en requisición otros veinte caballos y nos llevamos al arrendatario de aquella hacienda juntamente con sus dos hijos.

Ya empezaban las estrellas á perder su color de fuego, y la proximidad del día iba á poner en gran peligro nuestro pequeño ejército, cuando me dijo el citado Horskica, que un burgo-maestre de la mas elevada consideración en el país vivía á poca distancia, y que si podíamos dar con él, habríamos asegurado la libertad de los pobres prisioneros.

Un elegante edificio, cuya blanca fachada se abría paso por entre las sombras de los crepusculos, se presentó muy pronto á nuestra vista.

—Este es el sitio, me dijo, de la preciosa presa de la que conviene que nos apoderemos.

Habiendo encargado á mi segundo que sitiase dicha casa, y que no dejara salir á nadie de ella, me dirigí hacia la puerta en compañía del espresado guía, y de dos marineros bien ar-

mados. A los repetidos golpes que dimos con nuestras hachas y sables, se abrió un postigo y sacó por él la cabeza una vieja, que al parecer acababa de despertarse con el mayor sobresalto. Horsaica le intimó con un tono de la mayor ferocidad, que abriese al momento la puerta, si no quería verla derribada en el acto. Un grito de espanto fué la única respuesta de aquella pobre muger.

—No podemos perder tiempo, nos dijo Horsaica, porque de un momento á otro se nos puede echar encima el campo volante de Mynluer: venga abajo la puerta: y sin aguardar mi respuesta, levantó del suelo una gran tranca, que nos sirvió de palanca, y á su impulso se vieron muy pronto ceder los cerrojos, los goznes y las barras de seguridad.

(Se continuará.)

MISCELANEA.

BAÑOS DE PANTICOSA. La villa de Panticosa pertenece á la provincia de Huesca, partido de Jaca, y es uno de los once pueblos de que consta el valle de Tena.

El establecimiento de aguas y baños minerales se halla situado cerca de legua y media mas allá de Panticosa, en su jurisdicción, casi en la cresta de los altos Pirineos, y lindando casi con el vecino reino de Francia, á los 42° 39' 28" de latitud, 3° 24' de longitud E. del meridiano de Madrid, y á 8,500 pies de altura sobre el nivel del mar.

Se ha construido dicho establecimiento en una pradera de 540,000 varas cuadradas de estension, la cual se halla circundada por todas partes de elevadas montañas de granito, que solo permiten fácil acceso por una abertura que se nota al Sur.

Los manantiales que se aprovechan para usos medicinales son cuatro, llamados fuente del Hígado, fuente de los Herpes, fuente del Estómago y fuente de la Laguna ó del Ibon, purgante. Estos nombres son impropios y deberian reemplazarse por otros que indicasen la composicion química de las aguas.

El manantial llamado fuente del Hígado brota de abajo arriba por las hendiduras de una roca granítica, y da 24 y 1/2 libras medicinales de agua, ó sean 676,69 pulgadas cúbicas por minuto. La fuente de los Herpes, que nace hoy en un depósito cerrado, da 36 libras medicinales, ó 994,32 pulgadas cúbicas de agua por minuto. La

fuelle del Estómago, que nace en la montaña, brota en la misma forma al pie de una roca de granito de las mas altas, y hoy en un gran depósito, y da 40 libras ó 4.404,80 pulgadas cúbicas de agua por minuto. La fuente de la Laguna ó del Ibon, situada al Oeste de la pradera, se diferencia de las anteriores en que, como por una canal, corre por una hendidura naturalmente abierta en una roca granítica, y da por minuto 22 libras de agua, ó sean 607,64 pulgadas cúbicas.

Tres cuartos de legua antes de llegar al establecimiento, al lado izquierdo del camino que á él conduce desde Panticosa, y á la altura de unos 300 pies de la montaña, se halla una fuente medicinal llamada de la Jaquica, de 16° de Reaumur de temperatura. Esta fuente, que nace en la jurisdicción de Panticosa, y en un terreno de un vecino de aquella villa, es de poco uso por la distancia á que está del establecimiento.

El agua de la fuente del Hígado es clara y trasparente, inodora, de gusto agradable, aunque ligeramente áspera la primera vez que se bebe, desprende muchas burbujas gaseosas, su peso específico es de 1,002, y su temperatura constante de 22 grados del termómetro de Reaumur. La de la fuente de los Herpes es clara y trasparente, inodora, muy ligeramente amarga, de



Baños de Panticosa.

1,003 de peso específico, y de 24° y 1/2 de Reaumur de temperatura. La de la fuente del Estómago es clara, de olor y sabor á huevos podridos, que desaparece; despues de estar algun tiempo al aire libre, deposita un sedimento blanco y untuoso, su densidad es de 1,004 y su temperatura 25° del termómetro de Reaumur. La del Ibon ó de la Laguna es clara y trasparente, sin olor, de buen sabor, de 1,004 de peso específico y de 24° de temperatura del termómetro de Reaumur.

RASGO DE PROBIDAD. Una pobre viuda asistía desde algunos dias á la puerta de la antecámara de la reina de Portugal, María Francisca Isabel, atisbando las ocasiones de poder hablar á su magestad en el momento que salia para oír la misa: los cortesanos que observaron el em-

peño y constancia de aquella buena muger, dieron parte á la reina, la cual dispuso que fuera llevada á su presencia. Llena de gozo la agraciada, se apresura á poner en manos de su magestad un cofrecito de alhajas que dijo haber encontrado entre los escombros de unos edificios derribados por el memorable terremoto de 1755, y la dirige la palabra en estos terminos: Señora, yo soy una pobre viuda con ocho hijos: he encontrado estas joyas; serian mas que suficientes para libertarme de la miseria, pero prefiero la paz de un alma virtuosa á todas las riquezas del mundo mal adquiridas; entrego por lo tanto este precioso depósito que no me pertenece, á quien tendrá mayor facilidad de devolverlo á su legítimo dueño. La reina admiró la hermosura de estas alhajas, y todavia mas la honradez de la vi-

da: mandó que se la diera en el acto una gratificación de veinte mil pesos, y la ofreció con los terminos mas graciosos y espresivos su mas decidida proteccion. Mandó al mismo tiempo que se hiciesen las diligencias mas esquisitas para descubrir el dueño de aquel tesoro, y que si no se hallaba fueran vendidas aquellas joyas, la mitad de cuyo producto se destinara al establecimiento de una renta perpétua á favor de aquella honrada muger y de sus hijos, y con la otra mitad se formase un fondo fructifero para viudas y huérfanos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8